



La señorita Robles

Miss Robles

■ José Emilio Pacheco

La señorita Robles entra en la tienda. Gruesa, blanca, polveada, boca sin dientes y risueña, cabello blanco atado por detrás con una cinta negra. En cuanto la ve, Héctor sale del mostrador y va a darle la mano. Ella lo abraza y le deja en la cara una mancha de polvos de arroz.

—Señorita Robles, me alegra verla.

—Mi hijito, el otro día vine y no estabas.

—Es que fui a Morelia, a comprar unos retablos.

La mujer ríe y se estremece al tiempo que habla. Palabras y risa alternan en frágiles sonidos. La señorita Robles descubre a Marta y le dice:

—No te asustes, niña. Abraza a Héctor porque lo quiero y porque sabe que cuanto hay en el mundo está vivo.

Héctor se desconcierta: —¿Usted cree?

—Las cosas me lo dicen. El reloj que me compusiste habló de ti. Mis árboles te adoran. Ah mis árboles, cuando se mueven con el viento susurran: "Para tus juguetes, para tu cama de latón, para el reloj que no camina llama a Héctor. Dile que ponga en su lugar los pedazos, que restaure el orden".

Los ojos de la señorita Robles destellan. Se pone la mano en el sitio del corazón y mira a Marta, sin importarle que la muchacha oscile entre la burla y el miedo.

Héctor sonríe, benévolo, tal vez orgulloso. Marta siente que está entrando en un círculo mágico. Se acostumbra a una voz y a una risa que no son hermosas de escuchar, sino de ver y de sentir. Significan la inocencia de una niña que ha envejecido sin darse cuenta, perdida y resguardada entre sus árboles.

El autor (Ciudad de México, 1939) despuntó desde joven como poeta. Destacan en su obra poética: *Los elementos de la noche* (1963), *El reposo del fuego* (1966), *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969), *Irás y no volverás* (1973), *Islas a la deriva* (1976), *Desde entonces* (1980) y *Los trabajos del mar* (1983), que fueron reunidos bajo el título *Tarde o temprano*. También ha cultivado la novela (*Morirás lejos*, *Las batallas en el desierto*) y el cuento (*La sangre de Medusa*, *El viento distante*, *El principio del placer*). Ha sido profesor en varias universidades de EE.UU., Canadá e Inglaterra y ha realizado una interesante labor como traductor: *Cómo es* de Samuel Beckett, *De profundis* de Oscar Wilde, *Un tranvía llamado deseo* de Tennessee Williams, etcétera. Entre otros, ha recibido el Premio Octavio Paz.

La señorita Robles deja en el mostrador una bolsa que huele a ramas y a hierba. La mano blanca —o acaso amarilla o verde: el juego de la luz altera los colores, la mirada de Marta puede engañarla— saca una figurita que se desmadeja. La señorita Robles ríe. Presiona un botón secreto. La muñeca se yergue, levanta la cabeza, estira los brazos, se pone de pie y hace una caravana.

—¿Es bonita, verdad? Se llama Victoria. Antes daba una vuelta. Ahora no sé qué le pasó. Un día ya no quiso. Debe de ser algo del botón.

Victoria está inerte en su base de madera desgastada y sucia. Héctor la pone de cabeza y examina los resortes que dan vida a la figura. Presiona de nuevo el botón, se acerca la muñeca a la oreja. La señorita Robles espera inquieta el diagnóstico.

—Ojalá no esté muy mal. ¿Qué tiene? ¿La vas a componer?

—Le oigo un ruido. Creo que se le reventó un resortito. Déjemela unos días.

La señorita Robles calla, duda, suspira. Se inclina hacia la muñeca y le dice: —Perdóname. Tenemos que separarnos unos días. Es por tu bien.

Sus ojos brillan de humedad. Observa a Marta y se disculpa:

—Victoria y yo nunca nos hemos separado. Me la regalaron en la escuela, un día en que recibí "Lo fatal" de Rubén Darío.

—¿Y todavía se acuerda? —Marta aún no ha terminado la pregunta cuando repara en su impertinencia. La señorita Robles no se da por ofendida:

—Cómo no voy a acordarme. Si hubiera tenido hijos los recordaría a cada uno, así como tengo presentes a mis árboles. Todos tienen su nombre, a todos los distingo.

—Sí —Héctor juega con la muñeca entre sus dedos—, cuando voy a su casa me siento muy bien por eso: por el cariño con que la señorita Robles mira todas las cosas.

—Oye, Héctor, a ver qué día traes a esta niña. ¿Te gustaría conocer mi casa?

—Me encantaría. Le agradezco mucho su invitación.

—Vengan de mañana para que sientan la frescura del jardín. ¿Qué día los espero?

Marta se sorprende de que la señorita Robles hable en plural. Sin embargo, se atreve a preguntarle a Héctor:

—¿El domingo?

—Si usted puede.

—Yo sí. ¿Y usted?

—Desde luego.

—Muy bien. Entonces los espero el domingo. No dejen de venir.

La señorita Robles se acerca a la muñeca, oprime el botón que le restituye forma humana, la besa: —Victoria, no me guardes rencor. Si no lo necesitaras no te dejaría. Adiós. Que la pases bien. Nos veremos muy pronto.

Devuelve la muñeca al mostrador, mira a Héctor y a Marta, se despidе y sale. Hay un momento de silencio.

—¿Nos habrá invitado en serio?

—Claro.

—A usted sí porque es su amigo, pero yo no... Me invitó de compromiso.

—Ella no es así. Siempre dice lo que piensa y lo que siente. Es muy generosa. ¿En dónde la recojo el domingo?

—No se moleste, por favor. Yo vengo a la tienda.

—No es molestia. Paso por usted.

Marta lleva dos semanas en la tienda —respondió a un anuncio en el periódico—, todo es nuevo y sorprendente para ella. El trabajo le ocupa sólo las mañanas y le permite ir a la universidad por las tardes. Aún no conoce a Héctor. Le intrigan su misterio y su silencio. Nunca le dice nada ni le pregunta acerca de ella. Se siente atraída por este hombre que le dobla la edad, pero le agradece que no la haya acosado. Le gustan su amor por todo lo que hace y la habilidad con que sus manos detienen, reparan, restauran la obra aniquiladora del tiempo.

* * *

El domingo Marta lamenta el edificio horrible de la avenida Ermita-Iztapalapa en que vive, la irresponsabilidad de su padre, la sumisión de su madre, la insolencia de sus hermanos. Decide esperar a Héctor a la puerta y lo ve acercarse en un coche muy antiguo, alto y cuadrado.

—No se ría. Está muy viejo pero camina. Todo es original, hasta las herramientas. Parece un juguete: necesito darle cuerda para echarlo a andar.

Héctor abre la portezuela y ayuda a subir a Marta. El estribo es tan alto que la obliga a levantarse la falda. El interior del coche huele a viejo. La vestidura ya muy deteriorada de los asientos permite ver un fondo de lona. Es como si, al subir a ese vehículo, Marta regresara en el tiempo hasta otra época. En ella la señorita Robles puede vivir con sus árboles dentro de un mundo secreto que la envuelve como una burbuja de cristal.

Cuando Héctor se pone al volante Marta se sitúa al otro extremo. El nota el gesto pero no dice nada. Marta le agradece que no le pregunte por qué lo ha hecho. Héctor mueve palancas, toca un botón, hace girar la llave en la marcha y mete primera velocidad.

El coche arranca. Desde la ventanilla los otros vehículos le parecen muy pequeños a Marta. Viajan en silencio y por fin entran en una zona que tiene un aire decrepito y fracasado. Hasta la luz y el ruido son diferentes.

Un camión se les echa encima. Al girar para impedir el choque, el automóvil se inclina y Marta resbala hacia Héctor.

—No tenga miedo: sujétese de mí.

Marta se aferra a su brazo. Se retira cuando pasa el peligro.

—¿Falta mucho?

—Ya vamos a llegar.

* * *

Techos de pizarra, claraboyas, jardines con árboles que medran a duras penas, calles desiertas. No es la violenta y atestada Ciudad de México en que Marta nació y vive. Es otro lugar en donde todo habla de un tiempo con paseos en carretelas, sombreros de plumas, perfumes abolidos, abanicos, vales.

Se detienen ante un muro roído. Héctor la ayuda a descender el escalón altísimo. Otra vez Marta se levanta la falda. Héctor le retiene un instante la mano. La suya está húmeda. Marta contempla la fachada verde, el zaguán que permite ver un interior poblado de grandes árboles y macizos de flores. Se escucha rumor de alas: decenas de palomas pueblan las cornisas. Un gato cruza majestuoso y se pierde en el interior. Héctor toca a la puerta.

Estruendo de cadenas y barras de hierro. La señorita Robles con su vestido de algodón blanco estampado abraza a Héctor y besa a Marta en la mejilla. El sendero es de tierra apisonada y tiene cantos de ladrillos rojos. Todo en derredor parece maleza. Los grandes árboles mecen sus ramas en el viento de la mañana.

De algunas ramas penden frascos en que reposan codos o pies de plantas rotas. Claveles, margaritas, azucenas, crisantemos, dientes de león: todas las flores pueblan este jardín silvestre y radiante. Cajas con más flores recubren los troncos en una voluntad de situar una vida sobre otra vida. Ya nada es previsible en esta casa. El aire, la luz, los sonidos, los olores son diferentes.

Ninguno de los tres habla. Se escucha el rumor de aves ocultas que elevan su canto y se responden. Marta se acerca a la conejera y ve los atados de alfalfa. Se inclina. Los conejos huyen al fondo de su reducto. La señorita Robles le dice:

—Mira, este es Luisito, ella es Sofía, su esposa; aquel es Paco y la más chica, Elena.

Marta la escucha extasiada: —¿Y cómo sabe quién es quién? No tienen nada que los distinga: todos son blancos, todos son conejos.

La señorita Robles ríe y vibra. Sobre el cabello recogido tiene una cofia de encaje. A Marta le parece que la señorita Robles no existe sino en las páginas de un cuento. Pero ella se apresura a contestarle:

—Son iguales para ti porque no los conoces, no has vivido con ellos y no sabes que son individuos como nosotros. De lejos los oigo chillar y pienso: Alicia está malita, Sofía se peleó con Luis. Los conozco, claro que los conozco, y los quiero mucho... Bueno, entremos para que ustedes puedan sentarse.

—¿No podemos quedarnos otro rato en el jardín? —dice Marta sin proponérselo.

—Mira, Héctor, qué amable: llama a esto jardín. Pero, niña, ¿no ves el desorden?

—Es precioso, señorita Robles.

—Todo lo hago escuchando la voz de la tierra. Una mañana me dijo desde aquel rincón: "Ya estoy lista para los crisantemos". Y los sembré rápido, sin medir, sin pensar en los colores, dejándolos que se acomodaran por sí solos. Una tarde el eucalipto me pidió: "Quiero que me enriquezcas con clavelinas". Y le hice caso. Este jardín, como tú lo llamas, no es mío: es de sí mismo.

A unos pasos de Marta, Héctor no quiere estorbar su asombro y su deleite. El y la señorita Robles cruzan miradas de entendimiento. El gato sale corriendo de una puerta lejana. Llega hasta la señorita Robles y enrosca la cola en los tobillos vendados y cubiertos con medias de hilo. Cuando ella se inclina para acariciarle el lomo, el gato se arquea de placer. Entra un rayo solar. El gato salta, se apoya en tres patas y con la otra lanza zarpazos de perfecta elegancia. Se mueve todo hecho de suavidad y brillo como si no tuviera articulaciones. La señorita Robles quiebra el hechizo:

—¿Por qué no entramos?

Héctor la detiene del brazo: —Oiga, señorita Robles, ¿todavía cultiva su hortaliza?

—Ahora se me ha puesto un poco fea por tanta lluvia que ha habido, pero de todos modos la atiendo como siempre. ¿Quieren verla?

Van hacia el fondo del jardín. La señorita Robles se tambalea sobre sus dos piernas informes. Al pasar junto a plantas y macetas les dice frases delicadas:

—¿Cómo dormiste, Alejandra?... Pobre de ti, Amalia, con la plaga que te ha caído encima... Julia, qué flores tan hermosas nos estás dando.

Héctor camina al lado de Marta. No se tocan, unidos por un silencio lleno de asombro y respeto por esa mujer que ha ocultado su esterilidad en una selva hecha por sus manos. Atraviesan un sector sin plantas ni animales. Llegan a una puerta herrumbrosa. Dentro hay un rectángulo de verdor. Hojas de todas formas y colores, follaje que reptaba y se une a la tierra, manos clamantes, angustiadas, trepadoras y, en la tapia del fondo, hierbas que cubren la vejez, la fealdad, el salitre. Hay cubetas y regaderas de lámina y un grifo que gotea incesante.

Huele a frescura el mundo. A Marta le gustaría hundir las manos en la tierra húmeda. El jardín la acaricia, los árboles abren las regiones secretas de ella misma, despiertan su avidez y la incitan a ser fecundada para que la vida nunca se detenga.

La señorita Robles ha desaparecido. En silencio Héctor toma en brazos a Marta. Ella siente sus labios, sus manos que la desnudan, la recorren, la preparan. Después la tierra viva acaricia su espalda, el cielo flota ante sus ojos, el placer se difunde por su cuerpo. Más tarde una sensación de paz, de irrealidad, de miedo. Marta se pregunta si todo ha sido una alucinación o una proyección de su deseo. Ahora está vestida de nuevo, otra vez lejos de Héctor y cerca de la señorita Robles que ha vuelto como si nada hubiera pasado.

—¿Quién podría querer tanto como yo a la tierra? Estoy muy triste. Han venido los hombres del gobierno a comprarme el terreno. Dicen que si no lo vendo lo expropiarán porque es de "utilidad pública". Necesitan arrasarlo todo para abrir una avenida porque ya no caben tantos coches. ¿Qué les parece?

—Terrible. Sería un crimen acabar con esto —dice Héctor. Marta se entristece.

—Ni por todo el oro del mundo vendería esta tierra. Ni muerta me sacarán de aquí.

Marta advierte en la señorita Robles un tinte pardo y verduzco. Le parece un vegetal lleno de savia y sustancias secretas. El gato está echado al sol junto a un perro blanco. A Marta le

agrada que en este jardín hasta los enemigos puedan convivir. Aquí hay un orden distinto. Sólo la señorita Robles puede entenderlo.

Los invita a entrar en la casa. Todo parece cubierto por un manto de cristal. Marta se siente en una pecera, en el cuadrante de un reloj, en el interior de una urna. Un gran espejo refulge y su luz difumina los contornos: muebles metálicos, piso de mosaico. No hay ninguna cosa de madera.

Marta descubre sobre una mesa el único retrato que ha visto en la casa. El marco oval tiene flores en relieve. Marta se acerca y toma el retrato. La señorita Robles frena el impulso de arrebatárselo. En un contorno sepia hay un rostro —el suyo, el de la muchacha que fue— como una corola adornada de encajes. Marta se sobresalta a reparar en que la cara del retrato se parece a la suya. Vuelve a sentir miedo.

La señorita Robles vuelve a ausentarse. Marta y Héctor están otra vez solos. Pero él no la mira, se distrae observando el dibujo en las fundas de los almohadones que atestan la cama de latón donde hay una muñeca de cera idéntica al retrato.

Al notar el desconcierto de Marta, la señorita Robles la toma de la mano, la lleva hacia otro extremo y le da una caja oscura:

—Mira lo que tiene en su interior.

Marta ve la Ciudad de México de 1900, la Alameda, los paseantes, los árboles de imposible verdor, las fuentes que arrojan agua azul. Todo es artificio. Hasta el aire ha quedado en suspenso para que la perfección fingida no se rompa.

La imagen se desvanece. Penumbra. Estalla otro cuadro luminoso. El lago de México antes de ser polvo y salitre. No se advierten figuras humanas en el paisaje. Sigue el árbol del Tule, el mayor del mundo, abrazado por docenas de niños que forman un círculo. Luego el castillo de Chapultepec, el bosque, los ahuehuetes inmensos.

—Algunos tienen más de quinientos años —acota la señorita Robles—. Los sembró el rey Nezahualcóyotl. Pobrecitos, necesitan mucha agua y sin el lago se están muriendo. Los asesinan el aire envenenado y las plagas. La gente los maltrata. ¿Sabían que en náhuatl ahuehuate quiere decir "viejo del agua"?

Se acaban las vistas, concluye el viaje. La señorita Robles dice:

—La Ciudad de México, que hoy es tan horrible, era muy bella. Ya nunca será igual. Lo de entonces lo han destruido para hacer cosas nuevas y feas. Es triste pensar que todo se extingue en su materia, tanto los seres vivos como los objetos. Nada queda cuando un ciclo se cumple... Qué le vamos a hacer. A todos nos llega el turno y un día, tarde o temprano, la muerte acaba con lo que encuentra y otra vida surge.

Llora, saca un pañuelo y enjuga sus lágrimas. Héctor guarda silencio. Marta le suplica: —No se entristezca.

La señorita Robles se esfuerza por reír: —Ay Dios santo, una de vieja llora por todo. No me hagan caso. Trata de continuar en la cuerda de la risa forzada pero rompe a llorar de nuevo:

—No puedo sobreponerme ni resignarme.

Marta la abraza. La señorita Robles se estremece. Su cuerpo, tan blando en apariencia, es recio y apretado. De él se desprende un olor que Marta no sabe definir. Con un gesto, Héctor le indica que no hable más y conserve la calma. La señorita Robles acaricia el cabello de la muchacha:

—Qué amable eres al consolarme. Ay, si pudieras imaginarte lo que es la vida. A tu edad nadie sabe. Pero todo es posible y llega un día en que ya nada nos sorprende... No te preocupes, ya no voy a llorar... Cuando se viven muchos años los recuerdos nos matan. Te acuerdas del vestido que llevaste a una fiesta, de un desaire, de un pequeño triunfo, de todo.

Marta siente el impulso de alejarse cuanto antes. ¿Qué hace aquí con una anciana que necesita público para sus lamentaciones? El mundo está allá afuera, la vejez y el derrumbe parecen muy lejos de su vida. Marta tiene dieciocho años, nunca volverá a tener dieciocho años. Quiere de nuevo el cuerpo de Héctor en el suyo, los labios silenciosos besándola.

Héctor saca de una bolsa la muñeca y la acciona ante los ojos de su dueña: —Se me olvidaba. Aquí está. La compuse.

La señorita Robles recibe la muñeca, la mira, la acaricia, la pone en su sitio. Marta descubre lo que no había sabido ver:

—El único objeto de madera que hay en su casa es la muñeca. ¿Por qué?

—No me gustan las cosas de madera. Es un crimen tenerlas en las casas.

—¿Un crimen?

—¿No sabes, no te imaginas? ¿Cómo es posible que nadie se dé cuenta?

—¿De qué?

—De que los árboles son seres como tú y como yo. Matarlos es imperdonable. Fueron los primeros habitantes de la tierra. Le dan todo: oxígeno, lluvia, frutos, sombra, belleza. La vida sería imposible sin árboles. Llegaron los humanos y empezó la guerra contra los árboles que, mudos e inmóviles, son incapaces de protestar y defenderse.

Marta mira a Héctor con asombro y temor. La señorita Robles continúa:

—Las casas están llenas de cadáveres. Hay madera por todas partes: en el papel, en los pisos, en las mesas, en las camas, en las sillas, en los estantes, en las paredes. A veces, de noche, cuando la lluvia le recuerda el bosque natal, la madera se queja y los humanos pueden escuchar su lamento. Por lo general queda en silencio, esperando el día en que la convertirán en leña y en ceniza. Y apenas hay cosa en el mundo que no exija la muerte de un árbol. Ah, no habría lágrimas en todo el universo que pudieran llorar su destino. Ríanse de mí si quieren, pero no me resignaré, no dejaré de protestar nunca.

Marta no sabe qué contestar. Héctor le hace una nueva señal. Se despiden y agradecen la hospitalidad. La señorita Robles besa a Marta en la mejilla. Un fuego frío arde en su piel. La mira. Otra vez los ojos de la señorita Robles se han llenado de lágrimas. Marta comprende que se trata de una despedida: no volverá a verla jamás.

Observa los árboles y el desordenado jardín que avanza con gran ímpetu de vida. Héctor la toma del brazo y la ayuda a subir al coche. No hablan una sola palabra en el trayecto de regreso.

* * *

Lunes de nuevo. En la tienda Héctor ha vuelto a su silencio, a su distancia, a su concentración en lo que hace. Marta se pregunta si ha soñado el día de ayer, si la señorita Robles, su casa, sus palabras, el haber hecho amor con Héctor sobre la tierra viva: todo eso, es nada más un desvarío. Quisiera acercarse a él, preguntarle, pedirle que le aclarara las cosas. Una resistencia interior se lo impide. Acaba la jornada de trabajo. Va a la universidad. Vuelve a su casa. Duerme. Sueña toda la noche con árboles vivos, árboles asesinados sin tregua. No saben que en el mundo enemigo hay una mujer que llora y sufre por ellos. Pasan semanas. A diario Marta ha esperado el regreso de la señorita Robles a la tienda o una oportunidad de hablar con Héctor.

Al fin, otro domingo, Marta decide volver a la casa y descifrar el misterio.

Desde la esquina ve, y no puede creerlo, los árboles talados que se apilan en el suelo, las paredes en ruinas, el jardín destruido en que yacen sierras eléctricas, piquetas, palas, azadones, carretillas, restos de fogatas encendidas por los hombres que están acabando con todo para abrir paso a los automóviles. Mañana reanudarán su trabajo. Ahora sólo hay un velador. Marta contiene las lágrimas, se aproxima a él y pregunta:

—¿En dónde está la señorita Robles?

—No sé, no la conozco.

—La dueña de esta casa.

—No aceptó la indemnización. Se encerró, no quiso salir. Mañana, cuando vuelvan a trabajar las cuadrillas, tendrán que sacarla a fuerzas.

—Pero ¿por qué tenían que destruir todo esto?

—Ah, pues pregúnteles a los ingenieros. A mí nomás me mandan a cuidar.

—Quiero ver a la señorita Robles.

—Pues pase y tóquele, pero no creo que le abra.

Marta da tres golpes a la puerta metálica. Nadie responde.

—¿Se habrá ido?

—No la vi salir. Le dije que era inútil. No abre.

—Ayúdeme a forzar la puerta.

—¿Y si se enoja? ¿Es usted su amiga?

—Sí... Debe de estar mal. Nos necesita.

Marta entra. El velador la sigue. La sorprende hallar la sala casi intacta. Del cuarto sale aroma de aserrín. Encuentran a la señorita Robles tendida en la cama de latón. Al aproximarse al cadáver advierten que la señorita Robles está hecha toda de madera, madera que con la muerte ha perdido su apariencia de carne. Las arrugas son nudosidades, la sangre savia, las venas conductos vegetales. La señorita Robles ya es uno más de los troncos que se apilan en el jardín, otro árbol pero de apariencia humana, uno de aquellos seres que al producir oxígeno hicieron posible la existencia en el planeta.

El velador tampoco puede creer lo que están viendo. Toca el cuerpo de la señorita Robles. Marta no sabe darle una respuesta. Vuelve al jardín arrasado: los troncos, los tocones, las flores deshechas, las plantas con las raíces al aire.

Entonces Marta piensa en la nueva vida que se abre paso en su interior. Se pregunta si el fruto que nacerá de ella, el hijo engendrado sobre la tierra húmeda, será de aquella estirpe, estará, como la señorita Robles y como Héctor, no hecho de carne sino de madera.